

El príncipe del vacío:

Había una vez, en un pueblo en lo más profundo del abismo, un gran reino próspero.

Pese a su ubicación, sus habitantes, como los de cualquier reino, luchaban por sus sueños y ambiciones.

Pero había alguien muy diferente al resto: el príncipe, quien pasaba sus días sumido en una terrible tristeza.

—¿Por qué yo? —se preguntaba, sollozando en su habitación decorada con fotos familiares y pinturas del futuro rey—. ¿Qué me hace merecedor de mi vida?

El príncipe volteó hacia su ventana, desde donde veía el reino bellamente iluminado.

—No importa cuánta comida, ropa o amor dé a los aldeanos... nunca siento felicidad.

El joven rompió en llanto al pensar en las personas de su reino, quienes tenían que luchar por sus sueños.

—¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío? —miró al cielo en busca de una respuesta—. Mi vida es tan feliz y yo tan defectuoso... Tanta gente se ha esforzado por permitirme vivir una vida plena, y yo siento esto... siento que no tengo derecho a cometer errores... ni siquiera siento que tenga derecho a estar triste el día de hoy.

El príncipe giró para ver una foto de su familia.

—Tanta gente lucha por su vida, por sus sueños... y yo, que solo soy un pobre artista mediocre...

Volteó a ver uno de sus dibujos, donde se retrataba a sí mismo como un demonio con ropa de príncipe.

—No merezco la vida... ¿para qué alguien tan defectuoso como yo la desperdicie?

Miró hacia la ventana con desconsuelo.

—Ni siquiera tengo el valor de hacerlo... soy tan patético.

En ese momento se escucharon los pasos del rey, quien había estado escuchando atentamente el monólogo de su hijo desde el otro lado de la puerta.

—Hijo mío, no has de sentirte así.

—Pero, padre...

El rey abrió la puerta y al instante se lanzó en un abrazo lleno de amor, lo cual solo aumentó el dolor de su hijo.

—Padre... ¿por qué? ¿Qué me hace digno de tu amor? Tantos sufren día tras día, y yo tengo la vida en bandeja de plata... Dime, ¿qué me hace merecedor de esto?

El rey soltó a su hijo y lo miró fijamente.

—Hijo mío, el mero hecho de que te preocupes tanto por los demás ya te hace más que merecedor de tu vida. Siempre te has preocupado por dar amor y ayudar a los demás. ¿Por qué no merecerías tu vida? Todos merecemos vivir.

El príncipe detuvo su llanto por un momento y miró directo a su padre.

—Pero hay tanta gente que soñaría con lo que tengo... ¿por qué no ellos? ¿Por qué no darles mi lugar?

El padre abrazó todavía más fuerte a su hijo.

—Hijo mío —sollozó.

—Sí... soy débil, ¿no? No soy feliz como tú y mamá... Por eso no los merezco.

—¡No! Hijo mío, escúchame y no lo olvides: por más que otros sufran, tú no tienes que sufrir. ¿Qué has hecho tú para merecer la muerte?

—Pero, padre...

—Hijo, tú siempre te esfuerzas por hacer el bien. ¿Por qué no eres un poco egoísta? Tanto te lastimas simplemente por tener más que los demás. ¡No robaste lo que tienes!

—¡Pero tampoco me costó obtenerlo! —respondió el hijo, con una voz que casi igualaba a la de su padre.

—Eso no significa que debas condenarte... Hijo, si tanto te molesta que los otros sufran, prométeme esto:

El rey soltó a su hijo y le puso la mano en el hombro.

—Vive. Y vive feliz. Utiliza esta vida que la suerte o Dios te ha dado y ocupa tu poder para hacer feliz al pueblo.

El rey miró por la ventana, donde la última casa del pueblo apagaba sus luces.

—Pero no olvides que tienes que amarte también a ti. Que tu amor por el otro no termine por hacerte daño.

El príncipe cortó su llanto, perplejo por las palabras de su padre.

—Algún día serás rey. Entonces tendrás que sacar este lado de ti tan amoroso, pues si te rindes en tu sueño solo por creer que no lo mereces, no lograrás disfrutar tu vida... y tampoco podrás ayudar a los demás.

El príncipe sintió cómo su pequeño corazón lentamente se liberaba de la terrible carga que había arrastrado por tanto tiempo.

—Pues, hijo mío —continuó el rey—, una vida feliz no es incompatible con la bondad y el altruismo. Es precisamente esa parte de ti la que puede ser tu mejor herramienta: si la usas bien, podrás ser feliz y tener el pueblo más feliz de todos. Solo nunca olvides que tú también eres humano y mereces ser feliz. Por más que sientas que este camino se te fue dado fácil, no decaigas y nunca te rindas, pues aunque no lo notes... —el rey tomó uno de los dibujos de su hijo— ya haces un gran trabajo y eres un chico muy trabajador.

El rey dio un último abrazo a su hijo antes de decir:

—Te amo, hijo. Por favor, ámate tú también.